

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL O EL CRÍTICO NECESARIO.
NECROLÓGICA

POR

ALFREDO A. ROGGIANO

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Cuando John Dwyer me llamó por teléfono a Pittsburgh para pedirme que participara en un acto *in memoriam* de Emir Rodríguez Monegal, de inmediato respondí que aceptaba, porque consideré que era un homenaje necesario y, sobre todo, porque para mí, de hecho, constituía un deber y un honor. Deber y honor que han sido asegurados por una larga, ininterrumpida y leal amistad. Una amistad acaso más propia de otros tiempos, cuando el diálogo y la colaboración mutua eran las formas más eficientes de la comunicación humana. Por fortuna —creíamos los dos—, ni Emir ni yo sabíamos manejar un automóvil, ni deseábamos, por más necesario que lo fuera, ser enajenados en esa nueva identidad de lo “real maravilloso” que son las computadoras. Nuestra comunicación fue siempre viva, sin más mediaciones tecnológicas que el teléfono, estrictamente personalizada en la conversación, el diálogo, en discusiones críticas, en inevitables cambios de ideas y sentimientos, en la insustituible y familiar correspondencia, o personalmente. Esto era lo necesario, la amistad que, como en el lema del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, se constituía en/y/hacia *La fraternidad por la cultura*.

Conocí a Emir una tarde de abril de 1948 en Buenos Aires, en una conferencia de Jorge Luis Borges, en la SADE, en momentos trágicos para dicha Sociedad y la cultura argentina, atropellada por las hordas militares que provocaron la diáspora de nuestros maestros y de gran parte de sus discípulos. Emir, a los veinticinco años de edad, acababa de obtener su M. A. de la Universidad de Montevideo, y yo, a los veintisiete, mi Diploma de Honor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, al mejor egresado del ciclo 1939-1945. Emir era ya notable en Buenos Aires, desde 1943, por sus críticas en la revista *Marcha* y por haber fundado, en 1945, otra revista, *Número*, de la que fue editor desde 1949 a 1955 y de 1963 a 1964. No se le conocía aún ningún libro, pero trabajaba en lo que después, en 1950, se publicó con el título de *José Enrique Rodó en el novecientos*. Yo acababa de obtener el Premio “Iniciación” de la Comisión de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, con mi primer libro de poemas, que al año siguiente publicó la Editorial Patagonia, una sucursal de Emecé, con el título de *El río iluminado*, uno de cuyos sonetos, adelantado en el suplemento dominical de *La Nación*, mereció el elogio de Emir. Emir era más periodista y hombre enterado de todas las novedades literarias y cinematográficas de Europa y América, que leía en inglés, francés, español y portugués en cuanta revista y suplemento literario caía en sus manos. Yo salía, repleto de fichas, del

Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y, sobre todo, de las clases, plenas de todo saber, de don Pedro Henríquez Ureña, y de las de Amado Alonso, surtidas de novísimos y afinados pertrechos de las más recientes orientaciones lingüísticas y prácticas o técnicas de la crítica literaria (el *Neruda* de Amado Alonso fue publicado, por Losada, en 1943, y era el *vademecum* de la crítica hispanoamericana del momento). Yo quedaba recluido en la Estilística, y, en el mejor de los casos, en la Poética. Emir daba su cara al mundo, con agresividad e ironía de quien va más allá de las “razones suficientes”, que eran las universitarias, y se preparaba para esa guerra sin cuartel que varios años después se iniciaría con Ángel Rama y otros de la revista *Marcha*, ya orientada hacia la izquierda. Emir levantaría su tribuna de combate desde *El País*, *El Día*, *Número* y desde centros culturales de Montevideo, por lo menos hasta 1950, año en que va becado a Londres, seguido de becas y viajes a Chile (1953-1954), otra vez a Londres (1957-1960), y ya en 1962, a la New York Public Library, becado por la Rockefeller Foundation.

El año de 1955-56, de regreso a Chile, fue fundamental para una toma de posición y definición metodológica del crítico Rodríguez Monegal. Emir publicó *El juicio de los parricidas* (Buenos Aires, 1956), que fue, realmente, una especie de autopsia, con lente clínico, de la situación cultural que se debatía en Buenos Aires, como siempre, enajenada del resto del país, “cabeza de Goliath”, olímpica y sabihonda, pero maltratada por los cuatro costados. *Sur*, el grupo de Victoria Ocampo y el suplemento de *La Nación*, con Eduardo Mallea como *magister* y juez inapelable, y entre los dos clanes, como un *cuntactor* supersónico, el Borges omnímodo de *El aleph* y las *Ficciones*, que decidía un concepto de la nueva narratología, *avant la lettre*, con un fundamental prólogo a *La invención de Morel* de Bioy Casares. Frente a estos magnates de la cultura argentina se rebelaron tanto los socialistas de la prosa y la poesía, que levantaron su trinchera en *Claridad*, o que la pospusieron desde *Nosotros* y El Colegio Libre de Estudios Superiores, como los más criminosos de la Patria Grande, que dijo Lugones, hija de Inglaterra, Francia, Alemania, quienes disparaban sus bombas, poco menos que atómicas, desde la Facultad de Filosofía y Letras, con las revistas *Verbum* y *Centro* o desde la vereda de enfrente, donde profanaba la revista *Contorno*, a la esquina misma de la tan distinguida e impertérrita dama de donaciones, la revista *SUR*.

Emir buscaba un rumbo, que fuera cierto para sí como formación de una conciencia crítica propia, independiente en lo posible. En Cambridge (1950-1951) había escuchado clases de Frank Raymond Leavis, cuyos libros *Mass Civilization and Minority Culture* (1930), *New Bearings in English Poetry* (1932), *Tradition and Development in English Poetry* (1936), *The Common Pursuit* (1952) y el admirable *D. H. Lawrence, Novelist* (1955), que tuvo gran difusión en Buenos Aires y ayudé a comprender el original novelista inglés, fueron guías decisivos en el enfoque crítico que Emir iba a dar a la nueva poesía y nueva narrativa del momento. Borges fue su otra autoridad-guía, refrendada por la teoría y la praxis. De Lewis aprendió Emir cómo entrar en los textos de Eliot y Pound, entre otros, y de Borges, cómo enfrentarse a Joyce, ver la nueva narrativa como liberación del *fait social* y del *trace* psicológico y entender el hecho literario como acto del lenguaje y escritura en acto: obra abierta, como después dijo Umberto Eco. En consecuencia, el acto crítico venía, así, a sostenerse como interacción entre lector y obra y como pluralidad semiológica, doctrina de la lectura del texto privilegiada en las *Variétés* (1924-1944) de

Paul Valéry y después fundamentada teóricamente por los miembros de *La nouvelle critique* (Barthes y Genette, principalmente). Los resultados de esta formación crítica de Emir se verían desde *El viajero inmóvil: Introducción a Pablo Neruda* (Losada, 1966) a *Borges, hacia una poética de la lectura* (Madrid, 1976), que se publicó con un error en el título) y *Borges, a Reader* (Nueva York, 1981). Pero todavía quedaba mucho por cosechar, y eliminar, seleccionar, de esa cosecha, cosa que hará en la década siguiente.

Como dije antes, yo había sido premiado no sólo con mi libro de poemas, sino con el Diploma de Honor al mejor egresado de la Facultad de Filosofía y Letras del ciclo 1939-1945, y automáticamente recibí la beca para “perfeccionar” (esa era la palabra en boga) mis conocimientos de lingüística y crítica literaria en Europa. Volviendo un poco atrás, no vi a Emir en los años 1948, 49, 50 hasta 1954, en Chile. La situación política y cultural argentina, a mi regreso, fue tal que sólo era concebible el más riguroso aislamiento, que hice en casa de un miembro de mi familia, o en escapadas al extranjero, como una salida a Chile, invitado por Armando Labarca para enseñar en las Escuelas de Temporada, famosas porque atraían conocidos maestros de fuera de Chile, sobre todo argentinos y norteamericanos. En 1953-1954 coincidí con Emir en Santiago, que estaba allí becado por el Comité Chileno de Cooperación Intelectual para investigar la polémica entre Bello y Sarmiento, de la que salió acaso el mejor libro de Emir: *El otro Andrés Bello* (1969). En Chile fue cuando de veras conocí al Emir *scholar*, ahora más dedicado a la investigación y tanto o más circunspecto y respetuoso de la categoría universitaria que yo. En realidad, los dos éramos ya profesores con los ojos puestos en la estabilidad universitaria de los Estados Unidos. Yo la conseguí en 1954, por intermedio de Arturo Torres Rioseco, que era el crítico poco menos que oficial de la novela hispanoamericana de entonces, lo que una década más tarde iba a ser Emir. En 1955 yo ya era profesor, con *tenure* de la Universidad de Iowa, después de haber sido visitante en las de New Mexico y California, Berkeley, donde fui elegido por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana como director de la *Revista Iberoamericana*. Emir se vio obligado a seguir otro rumbo o, mejor, se impuso una vuelta a su destino, para cumplirlo en la patria chica, más bien que en una salida al extranjero. Volvió a Montevideo, donde intensificó su labor de investigación, que alternó con el periodismo, entre la crítica literaria (que era su preferencia) y las peleas de la política local, insembradas de ideologías transnacionales que revolvían su trasfondo. Pero se dio tiempo para preparar las *Obras completas de Rodó*, que publicó Aguilar en 1957, y libros hoy imprescindibles, como *Las raíces de Horacio Quiroga* (1960), *Narradores de esta América* (1961, entrevistas que seguían, no el modelo, pero sí la práctica de Torres Rioseco), el *Eduardo Acevedo Díaz* (1963), *Literatura uruguaya de medio siglo* (1966) y su obra consagratoria, *El viajero inmóvil* (1966), con lo cual ya tenía, por lo menos, tres o cuatro PhD para aspirar a cátedras en Cambridge, Harvard o Yale, que fue la que obtuvo en 1965 y a la que honró hasta su muerte.

En 1956, caído Perón, volví a la Argentina y di conferencias en Buenos Aires y Montevideo. Durante 1955, en Iowa, preparé, con mi alumno Julián Palley, una antología de la poesía norteamericana del siglo XX (hasta 1950, o sea, cincuenta años), que se publicó en Montevideo ese año de 1955, en edición bilingüe, con prólogo y notas informativas por los Cuadernos Herrera y Reissig, grupo poético que no era devoto de Emir; pero Emir me fue a visitar al hotel y me puso al día de cuanta novedad literaria y de

otras manifestaciones culturales pululaban por los círculos más o menos (más que menos) marginados o arrumbados de Uruguay y de Argentina. La generosidad de Emir fue tan pródiga como su avidez de lecturas y su deseo de transmitirla a sus amigos. Emir era franco, abierto, acaso un poco ingenuo —ingenuidad propia de su candor y de su moral sin dobleces— y a veces no pesaba, con malicia política, decisiones que acaso podrían comprometer su futuro. Me permití aconsejarlo que siguiera mi camino. Nadie es profeta en su tierra, y Montevideo iría a consumirlo en una caldera de residuos y sin soluciones fructíferas. Sobre todo porque él, Emir, no formaba grupos ni se integraba a los ya dominantes. La beca para investigar en el British Museum de Londres (1957-1958) fue, para Emir, una salida que yo calificué de “triumfal”, en una carta de 1957. Luego vinieron dos *visiting professor* ideales: el de El Colegio de México (1964), donde se hallaba lo mejor que se había ido de Buenos Aires y de la España republicana, y el de Harvard (1965), primer pie en la universidad norteamericana, que era su sueño, según las cartas que entonces me escribía. Pero todavía hubo un interregno, que fue de gran repercusión internacional para Emir, una verdadera prueba de fuego para su carrera pública. Entre 1966 y 1968 actuó como director de *Nuevo Mundo*, la revista más influyente en las nuevas generaciones de las letras hispanoamericanas, que, si no substituyó a *Sur*, a los *Cuadernos Americanos* de México, a los *Hispanoamericanos* de Madrid, ni a la *Revista Iberoamericana*, las completó o, por lo menos, las alertó (ésta es la palabra) sobre lo que iba surgiendo como nuevo en la narrativa, sobre todo, del mundo hispánico. Allí se anticiparon no sólo críticas iluminadoras de nuestra realidad literaria, sino textos de futuros grandes novelistas y poetas —en diálogos, entrevistas, ficción—, de García Márquez, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, Borges, Neruda, Onetti, Cabrera Infante, Sarduy y Manuel Puig, o sea, lo que el mismo Emir, en un libro epónimo, llamó *El boom de la novela latinoamericana*, obra publicada por la Editorial Tiempo Nuevo (adviértase el nombre), de Caracas, en 1972. Allí Emir hace la historia, exégesis y valoración, creo que definitiva, de ese momento tan pródigo y relumbrante de nuestra narrativa más experimental y universalizada. Este libro, junto con *Narradores de esta América* (Alfa, 1961), aumentado en dos tomos (Alfa Argentina, 1969, 1974), y *El arte de narrar* (Monte Avila, 1968), constituyen el cuerpo básico, no sólo de la historia de nuestra narrativa desde Azuela hasta los más nuevos, sino también del enfoque y doctrina crítica de Emir. Para quienes todavía creen, erróneamente, que Emir era un formalista que desdénaba el referente histórico-social, y hasta político, como base del hecho literario, recomiendo la lectura del análisis que el autor hace de las “razones” del *boom*, incluyendo el papel que otorga a la Revolución Mexicana y al propio Fidel Castro, y se convencerán de que la obra literaria, como resultado de un mero “procedimiento” (Emir ironizaba sobre quienes se dormían en las ramas del árbol caído de Tynianov y Eichelbaum), no tiene cabida en el sistema crítico de Rodríguez Monegal. La historia, sí, y la biografía, no como acaecimiento factual, sino como proceso cultural, artístico, literario, son el desiderátum de una crítica que no deja el texto a medio leer, sino como colaboración entre lector y autor, entre escritor y medio ambiente, entre crítico e ideologías de grupos, mitologías colectivas (como diría Charles Mauron) y transformación de la realidad dada en el espacio poético (¿influencia de Bachelard?). Alguna vez dijo Emir que en la nueva novela hispanoamericana el personaje era el lenguaje, especie de humorada que provocó cierta respuesta un tanto humorística de Onetti. Quienes crean que

decir “novela del lenguaje” es despojar al género narrativo de sus relaciones con la realidad, confunden realidad con factores políticos sociales comprometidos con alguna consigna ajena a la naturaleza y fines del arte. Los determinismos a lo Tainc o Lukács, y hasta cierta medida las conocidas homologías de Voldamn, no eran —para Emir— condición *sine qua non* del proceso cultural (artístico, literario), que tiene su propia dialéctica dentro de un margen de virtualidades libres y posibilidades creadoras. En esto Emir era hijo legítimo del liberalismo cultural, cuya tradición se inicia y funda con los próceres de nuestra Independencia, desde Bolívar y San Martín, Moreno, Echeverría, Alberdi y Sarmiento, hasta Liostos, Rodó, A. Reyes y Octavio Paz. Al mismo tiempo, para Emir la obra literaria es, ante todo, una obra de arte, y su propósito no consiste en ser un medio para otros fines, aunque no negaba que un proceso social, histórico, político, puede y debe estar reflejado en la obra, como es obvio en el *Facundo*, el *Martín Fierro*, *Los de abajo*, *El recurso del método* o *Tres tristes tigres*. La realidad del lenguaje es la realidad, por necesidad de relación, como sostiene Platón en el *Cratyllo*. No hay realidad inexpressada; toda realidad es un acto del lenguaje, o no existe. La literatura es lenguaje y la realidad que cada lenguaje (el del escritor) conlleva. No hay literatura pura, sino la búsqueda, por el lenguaje, de una realidad depurada, que es privilegio de selección del escritor. Todo crítico tiene sus “simpatías y diferencias”, como admitía Alfonso Reyes. Emir nunca erigió la crítica en sistema dogmático de afirmaciones absolutas ni menos excluyentes. La crítica es practicada por un crítico y hay tanto margen de posibilidades subjetivas como pueda exigirle la relatividad teórica (o ideológica) preferencial del crítico. En Emir son obvias esas “simpatías” o “diferencias”, como lo fueron en el Dr. Johnson, Thibaudet, Wilson y lo son en Jameson o Paul de Man. Lo que importa es la capacidad de comprensión y —esto es fundamental— de tolerancia del lector-crítico, ya que en él no sólo va su preferencia personal, sino el análisis que explica la obra para un público lector. La tolerancia de Emir se puso a prueba cuando yo decidí publicar un número de la *Revista Iberoamericana* dedicado precisamente a una crítica que en Hispanoamérica está empeñada en un análisis de la relación realidad social-hecho literario desde un enfoque opuesto al de Emir. El y otro “formalista” formaban parte del Comité Editorial de la *R. I.* Emir aprobó y apoyó mi proyecto. El otro crítico —a quien nadie ha acusado hasta hoy de formalista— se opuso y renunció cuando yo no acepté las “razones” de su oposición.

Emir poseía un amplísimo caudal de lecturas, desde Marx y Engels a Bajtin, la Escuela de Tartu (sobre todo J. Lotman) y la Escuela de Costanza. Había estudiado a fondo a los formalistas rusos, sobre todo a Sklowski (por su *Arte de la prosa*), a los líderes del “New criticism”, a los llamados “Críticos de la conciencia” y “La Nouvelle Critique”, y no se enloquecía por el análisis de “Les châtis”, ni menos con la Estilística descriptiva o la llamada semiótica estructural, que propone falaces sustituciones del texto con sistemas de signos algebraicos o cosas parecidas. Emir estaba de vuelta de todo esto, como debe ser con toda real persona de cultura, que no lee y aprende para exhibir lo leído en amontonamientos de citas al pie de página o en interpolaciones de teorías que interfieren con el desarrollo crítico propio. Casi no hay citas o doctrinas propuestas explícitamente en los textos de Emir. La limpidez, claridad, precisión y sencillez son sus cualidades más obvias. Su virtud, la de hacer del texto crítico una ayuda necesaria para la comprensión del texto literario, viendo en él lo que es más distintivo y permanente. Creo que quien mejor

definió a Emir como crítico fue Julián Ríos, el más experimental de los escritores españoles de hoy. Dijo: Emir leyó a los clásicos como modernos y a los modernos como clásicos. Nada más acertado.

Un largo intercambio de correspondencia entre Emir y yo se produjo entre 1966 y 1968, él desde París, yo desde Pittsburgh. En síntesis diré que en esos dos años yo informaba a Emir de la vida académica norteamericana y él me suplía de todo lo que no decían, de lo que ocurría en París, el *New York Times*, revistas norteamericanas o los diarios de México y Argentina. Pero, sobre todo, nos prometíamos trabajar unidos, desde el exilio, por la cultura iberoamericana, en unidad de esfuerzos y tratando de atraer a los “rebotados”, que él creía se dejaban seducir demasiado fácilmente por las llamadas ideas “progresistas”. Y en esto, muchas veces estuvimos en desacuerdo, porque a mí nunca me espantaron los fantasmas llamados de izquierda. Yo me debatía a todo dar con la vieja guardia del instituto y necesitaba gente nueva para cambiarla. Había ofrecido a Rama, a Benedetti (a quien conocí y traté en el Writers Workshop de Iowa) y al mismo Emir la representación de la *R. I.* en todo lo que fuera literatura uruguaya, y aun del cono sur, ya que todos mis amigos más respetables se habían tenido que ir de Argentina. Pero, por una razón u otra, ninguno de los tres se decidían a aceptar esa responsabilidad. Por fin, un día de 1968, creo que en noviembre, concerté una entrevista con Emir en Nueva York, en el departamento de Jill Levine, a la vera del Greenwich Village, en la calle Waverly. Allí hicimos un repaso de todo y convenimos en que Emir aceptaría ser miembro del Comité Editorial de la *R. I.*, si yo lo proponía y la Asamblea General del Instituto lo votaba. Y así ocurrió. Emir se convirtió, desde 1969, en el más eficaz colaborador de la *Revista* y de su director, colaboración que jamás se podrá apreciar en todo su valor, porque queda en las discusiones telefónicas, en los juicios que en páginas individuales daba sobre los trabajos que leía y ayudaba a seleccionar para cada número de la *R. I.*, y que se guardan en mi archivo personal. En 1979, cuando la Universidad de Pittsburgh —celebró con un Congreso las bodas de plata del director con la *R. I.*, el presidente del Instituto y del Congreso, Dr. Keith McDuffie, pidió a Emir que hablara sobre mí como director de la *R. I.* Nunca podré agradecerle lo que dijo esa noche. Emir habló como un verdadero identificado con el lema del Instituto: “A la fraternidad por la cultura”. Sin duda fue más generoso de lo que yo he sido con él, como lo fue con sus alumnos, a los que ayudó con fervor de poseído, aunque a veces recibió la bofetada de algún desagradecido, como siempre pasa en estos casos. Alguien dijo que siempre es bueno tener un maestro aunque no sea más que para rebelarse contra él; pero la prueba de que los cuervos son mínimos e inoperantes es este homenaje que hoy le tributamos. Emir habló una vez, en Pittsburgh, cuando lo hice invitar como Visiting Mellon Professor, de la necesidad que hay en Iberoamérica, más que en ninguna otra parte, de la *necesidad*, repito, de la amistad. Es una necesidad doble: 1.º) porque la necesidad está en lo que nos falta: la unión y la unidad fraterna que nos haga fuertes e impida que nos destruyan desde la derecha o desde la izquierda, que es otra derecha, porque no está en el centro, o sea, en el corazón de una democracia libre y responsable; y 2.º) porque el amigo es más necesario cuando, como ocurre con tantos hispanoamericanos, el exilio nos arroja a un destino de incertidumbres y sin pautas, a una renuncia y a un nuevo comienzo. El amigo necesario es aquél que crea la necesidad de la amistad, aquél que hace que podamos hallar lo que no tenemos y aun

sembrar lo que soñamos producir. Y en este sueño el amigo necesario da su “mano franca”, como decía Martí, y ayuda a crearnos una Patria de la Utopía, como la que proponía Pedro Henríquez Ureña. Emir poseía en ejecución esa “mano franca”: dar la mano, al modo gaucho, fue su costumbre, y poner el hombro, sin temores ni aberraciones, fue su causa y su fin. Y por eso hemos de quererlo aun después de habernos dejado. Emir no se ha ido del todo; no podrá irse de nosotros ...

Non omnis moriar
amigo necesario.

Volumen LII

Abril-Septiembre 1986

Números 135-136